

DÍAS DE NAVIDAD

Jeanette Winterson

PASCUA DE NAVIDAD



eyes Magos cruzando el desierto detrás de una estrella. Pastores en los campos de noche con los rebaños. Un ángel, rápido como el pensamiento y brillante como la esperanza, que convierte en tiempo la eternidad.

¡Deprisa! Va a nacer un niño.

Creyentes y no creyentes conocen esta historia.

¿Quién no conoce esta historia?

Una posada. Un establo. Un burro. María. José. Oro. Incienso. Mirra.

Y en el centro de la historia, la madre y el niño.

Hasta la Reforma protestante del siglo XVI en Europa, la Virgen con el Niño era la imagen cristiana que todo el mundo veía a diario: en vitrales, estatuas, pinturas al óleo, tallas y en los altares que se hacían en casa.

Imagina: la mayoría de la gente no sabe leer ni escribir, pero su imaginación rebosa de imágenes y relatos; las imágenes son más que las ilustraciones de la historia: son la historia.

Cuando tú o yo entramos en una iglesia antigua en Italia, o en Francia, o en España, no sabemos interpretar la miríada de escenas de los techos abovedados, o de los frescos, o de las colgaduras, pero nuestros antepasados sí sabían. Nosotros nos plantamos con nuestras guías en busca de pistas; ellos alzaban la vista y veían el misterio del mundo.

Amo la palabra escrita —ahora mismo estoy escribiendo, leyendo—; sin embargo, en las sociedades sin alfabetizar, pero vivas culturalmente, la imagen y la palabra cantada o recitada lo son todo. Es otro tipo de vida de la imaginación.

Después de la Reforma, a María, a quien se había tratado como el cuarto brazo de la divinidad, se la degradó. La Reforma no fue buena para las mujeres; enseguida llegamos a las quemadas de brujas en toda Europa, y, por supuesto, los Padres Peregrinos que desembarcaron en Plymouth Rock en 1620 eran puritanos de los más intransigentes: véanse los juicios por brujería en Salem en la última década del siglo XVII.

En Nueva Inglaterra, los puritanos prohibieron la celebración de la Navidad en 1659 y esa ley no se revocó hasta 1681. En Inglaterra, con Cromwell, la Navidad llevaba prohibida desde 1647 y así se mantuvo hasta 1660.

¿Por qué? Demasiado pagana en sus orígenes, como veremos después, demasiado festiva, demasiado placentera (¿por qué ser feliz cuando se puede ser desdichado?) y demasiado peligroso permitir que María volviera a salir de la cocina en su papel estelar.

Lo que más añoraba la gente de a pie después de la ruptura con el catolicismo era el culto mariano.

En los países católicos de Europa, entonces y ahora, y en Hispanoamérica ahora, el culto mariano, el misterio del nacimiento virginal, la unión de la madre y el hijo siguen siendo poderosos y convincentes. Cada vez que una mujer da a luz es la imagen viviente del acontecimiento más sagrado. La vida diaria y devota se mantienen unidas en esta imagen.

Y es una imagen con raíces más profundas que el cristianismo.

Si repasamos la historia griega y romana, vemos que los dioses y los mortales fabulosos nacen a menudo de un progenitor divino y otro humano. El padre de Hércules era Zeus. Zeus también fue el padre de Helena de Troya. Era conflictiva, pero las mujeres hermosas con un toque divino siempre lo son.

Rómulo y Remo, fundadores de la ciudad de Roma, afirmaban ser hijos de Marte.

Jesús nació en el Imperio romano. El Nuevo Testamento se escribió en griego. Los evangelistas quisieron encajar a su Mesías en la nómina de superhéroes con un padre divino.

Pero ¿por qué tenía María que ser virgen?

Jesús era judío. El linaje judío se establece por vía materna, no paterna, de modo que la insistencia del judaísmo en la pureza y la abstinencia sexual de las mujeres es un modo predecible de intentar controlar quién es quién.

Si María es virgen, la ascendencia divina de Jesús es indudable.

Todo esto tiene sentido, pero también hay algo más. Detrás de este relato está la potencia de la mismísima Gran Diosa.

La adoración de las diosas en el mundo antiguo no consideraba la castidad una virtud. Hasta a las vestales se les permitía casarse cuando dejaban de estar al servicio de la diosa. La prostitución en el templo era habitual, y la diosa era un símbolo de fecundidad y procreación: resultaba crucial que no perteneciera a ningún hombre.

Por eso el mito de María combina con brillantez dos fuerzas magnéticamente opuestas: la nueva religión del cristianismo ofrece el relato del nacimiento divino de un dios con forma de hombre. María es especial y ha sido elegida, como en los cuentos de héroes. Su embarazo no es un arreglo doméstico normal: ha recibido la visita de un dios.

Al mismo tiempo, su pureza y su sumisión permiten que la nueva religión se aparte de los desenfadados cultos paganos al sexo y a la fertilidad que odiaban los judíos.

Desde el primer instante, el cristianismo tuvo la habilidad de fusionar elementos centrales de otros cultos y religiones, expulsando cualquier elemento problemático y contando la historia de un modo nuevo. En eso ha consistido parte de su éxito global.

Y la más espectacular de sus exitosas historias es la de la Navidad.

Solo en los evangelios de Mateo y Lucas se habla del nacimiento de Jesús, y las versiones no coinciden. Marcos y Juan ni siquiera mencionan la historia del nacimiento. En la Biblia no se alude al 25 de diciembre en ninguna parte.

Así que ¿cómo ocurrió?

Parte de la explicación la hallamos en la festividad romana de las saturnales. Era una típica fiesta de inicio del invierno que celebraba el cambio del sol (el día más corto del año es el 21 de diciembre, el solsticio de invierno). El emperador pagano Aureliano declaró el 25 de diciembre *Natalis Solis Invicti*, el nacimiento del sol invencible. Ese día la gente se hacía regalos, iba a fiestas, se ponía sombreros absurdos, se emborrachaba, encendía velas y hogueras como símbolos solares y decoraba los sitios públicos con plantas de hoja perenne. A esta fiesta le seguían las *calendas*, de donde se deriva nuestra palabra «calendario». A los antiguos les gustaba ir de fiesta.

En la Britania celta, la festividad de Samhain empezaba en lo que es hoy nuestro Halloween —la víspera de Todos los Santos—, cuando se honraba a los muertos; al igual que en los países germánicos y escandinavos, los celtas celebraban el solsticio de diciembre con hogueras y diversiones. De esta época de Yule o Jól es de donde proceden palabras como *jolly*, «jovial» en inglés. Las plantas de hoja perenne, el acebo y la hiedra, símbolos de la vida que continúa, se utilizaban tanto como adornos como para el culto sagrado.

En las tribus germánicas, Odín, de barba blanca, merodeaba durante esos días y había que apaciguarlo con pequeños obsequios que se dejaban de noche.

La Iglesia adoptó la juiciosa actitud de «Si no puedes con ellos, únete a ellos», e incorporó a la Navidad todos los elementos a los que la gente se resistía a renunciar: los cánticos, las celebraciones, las plantas de hoja perenne, los regalos y, por supuesto, la época del año.

El 25 de diciembre es un gran día para el nacimiento de Cristo porque significa que María se quedó encinta de Dios el 25 de marzo —el día de Nuestra Señora (la festividad de la Anunciación) en el calendario litúrgico—, y esto permitía a la Iglesia celebrar el equinoccio de primavera el 21 de marzo de un modo no excesivamente

pagano. Y también confería a la concepción y a la crucifixión de Cristo (en Semana Santa) una pulcra simetría.

El propio Santa Claus es uno de los muchos mensajes combinados de Navidad. Nicolás era un obispo turco de Esmirna nacido unos doscientos cincuenta años después de la muerte de Cristo. Era rico y daba dinero a la gente necesitada. La mejor historia que se cuenta de él asegura que una noche, al ir a meter una bolsa llena de oro por la ventana, vio que estaba cerrada y tuvo que trepar al tejado y colarla por la chimenea.

¿Quién sabe? Pero, como de costumbre, creció un culto en torno a él, sobre todo entre los marineros, que, como es natural, salían a navegar, y a medida que el culto se extendió hacia el norte, este turco barbudo y dadivoso se mezcló con el dios barbudo Odín, que tenía la ventaja de viajar en un caballo volador de ocho patas.

San Nicolás era Sinta Klaus para los holandeses, y fueron los holandeses quienes llevaron a Sinta Klaus a Norteamérica.

Nueva Amsterdam, la actual ciudad de Nueva York, era un asentamiento holandés. En 1809, a pesar de los esfuerzos de los descendientes de ese tronco puritano de Nueva Inglaterra, Santa sobrevuela con una carreta las copas de los árboles en Historia de Nueva York, de Washington Irving.

En 1822, otro norteamericano, Clement Moore, definió al Santa definitivo en su poema «Una visita de san Nicolás». Todo el mundo conoce los versos iniciales: «Era la noche antes de Navidad y nada se movía en ninguna habitación / ni siquiera un ratón».

Este es el momento en que san Nick adquiere el reno.

Pero todavía iba vestido de verde: su color de dios precristiano de la fertilidad.

Hace su entrada la Coca-Cola.

En 1931, la Coca-Cola Company encargó a Haddon Sundblom, un artista sueco, que le diese a Santa un cambio de imagen. Tenía que ser rojo y desde entonces, gracias al poder publicitario de la Coca-Cola, la vestimenta de Santa es roja.

El árbol de Navidad es un antiguo símbolo del poder de la vida para sobrevivir y prosperar en lo más crudo del invierno. ¿Qué pensaban nuestros antepasados, al atravesar en la oscuridad y con esfuerzo un bosque pelado y cruzarse con una planta de hoja perenne?

Es sabido que la reina Victoria y el príncipe Alberto protagonizaron la primera sesión fotográfica moderna de personajes famosos cuando posaron delante de su árbol de Navidad en el castillo de Windsor en 1848.

En realidad fue un dibujo en el Illustrated London News, pero a partir de entonces todo el mundo quiso tener un árbol de Navidad.

El príncipe Alberto era alemán, y la primera noticia que se tiene de un árbol instalado dentro de una casa para las fiestas de inicio del invierno lo sitúa en la Selva Negra, en Baviera.

Martín Lutero, responsable de la Reforma protestante, era alemán, y se cuenta que decoraba su propio árbol de Navidad con velas para emular los millones de estrellas del firmamento divino.

Los árboles en sí mismos son objetos sagrados. Piénsese en el manzano del Jardín del Edén; en el fresno del mundo, Yggdrasil, adorado en la mitología nórdica y germánica; en el roble de los druidas. En la película Avatar, de James Cameron, hay una diosa árbol; y en las sagas de Tolkien, Saruman y los orcos, enemigos del bosque sagrado, talan brutalmente los ents, los árboles andantes y parlantes.

Cristo, como otros dioses sacrificiales, muere en un árbol.

Así, el árbol es simbólico a través de los siglos y las culturas, y el árbol de hoja perenne es un símbolo de la persistencia de la vida.

Los puritanos de Massachusetts odiaban esas asociaciones paganas, pero no pudieron impedir el momento en que, en 1851, dos trineos cargados de árboles transportaron desde las Catskills hasta la ciudad de Nueva York los primeros árboles de Navidad vendidos al por menor en Estados Unidos.

El siglo XIX es el siglo en que la Navidad se convierte en la Navidad que celebramos hoy: el árbol, las postales, la época de la buena voluntad, de los regalos, los petirrojos, las comidas, la caridad con los pobres, la nieve, los poderes sobrenaturales de algún tipo, ya sean fantasmas, visiones o una estrella misteriosa.

Todos los grandes villancicos que tanto nos gusta cantar se compusieron en el siglo XIX.

La felicitación navideña la inventa el siglo XIX. Henry Cole trabajaba en Correos en Londres y reparó en que los sellos de un penique (1840) eran ideales para enviar tarjetas de felicitación, así que en 1843 pidió a un amigo que le dibujara unas cuantas, y antes de que le diese tiempo a decir «pudding de ciruelas» se había puesto en marcha la moda de las postales navideñas.

Tuvieron que pasar treinta años antes de que la postal se popularizara en Estados Unidos. El lector puede culpar a los puritanos. Yo lo hago.

Postales de felicitación, villancicos y, lo más victoriano de todo, relatos de fantasmas navideños.

Contar historias en torno al fuego es tan antiguo como el lenguaje. Y, dado que los fuegos se encienden de noche y en invierno, las festividades invernales eran ocasiones estupendas para contar historias.

Pero la historia de fantasmas como fenómeno es un fenómeno decimonónico. Una teoría sostiene que los espectros y las apariciones que tanta gente decía ver eran el resultado de una intoxicación por el monóxido de carbono, en niveles bajos, procedente de las farolas de gas (causa alucinaciones borrosas y soñolientas). Si se añaden la espesa niebla y mucha ginebra, empieza a tener sentido.

Pero también hay una parte psicológica. El siglo XIX estaba hechizado de por sí. La nueva industrialización parecía haber desatado las mismísimas fuerzas del averno. Los visitantes de Manchester lo llamaban el Infierno. La señora Gaskell, escritora

inglesa, escribió de su primera visita a una fábrica de algodón: «He visto el infierno y es blanco...».

Y los nuevos pobres, los esclavos de las fábricas, los habitantes de los sótanos, los que trabajaban con el hierro, el calor, la mugre y la degradación parecían espectros, delgados, cetrinos, harapientos, semihumanos, medio muertos.

Que este sea también el siglo de la caridad organizada y de la filantropía no es una coincidencia. Y que sea el siglo de la Navidad en su forma más inspirada y más sentimental no debería sorprendernos. La Navidad se convierte en un círculo mágico, la época de la buena voluntad en la que quienes más se han beneficiado de la desolación mecanizada de sus congéneres pueden redimirse y consolar sus propias almas.

Por eso el Cuento de Navidad de Charles Dickens empieza con la negativa de Scrooge a dar dinero para ayudar a los pobres: «¿Es que no hay hospicios?».

Scrooge, el polo opuesto (lo siento por el chiste fácil) de Santa Claus, no puede y no quiere dar, y lo visitan tres espíritus, además del fantasma de su difunto socio, Jacob Marley.

Es un relato sobre corazones endurecidos y segundas oportunidades. Sobre el desbarajuste de la Navidad, cuando las leyes normales se ponen patas arriba, y el tiempo significativo se adelanta al tiempo cronológico (una vida sucede en una noche). Y sobre gansos, pudín, fuegos, velas, temibles cócteles calientes (el Obispo Humeante), una nieve tan espesa que la ciudad duerme y «Feliz Navidad para todos... ¡Que Dios nos bendiga a todos!».

Es una historia tan poderosa que puede sobrevivir a los Teleñecos.

En Estados Unidos, la Navidad no se declaró una festividad federal hasta 1870 (después de la guerra de Secesión, como un modo de volver a unir Norte y Sur en una tradición compartida).

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de los puritanos, y a pesar de que con toda seguridad la Navidad no es una celebración judía, los norteamericanos y los judíos norteamericanos han contribuido tanto al folclore navideño como cualquier estrella, pastor, ángel o Santa.

Qué bello es vivir, De ilusión también se vive, Cita en San Luis, Polar Express, El Grinch, Entre pillos anda el juego, Los fantasmas atacan al jefe, Solo en casa 2, Blanca Navidad...; la lista de películas no para de crecer...

Y cada vez que el lector cante «Blanca Navidad», «Rudolph the Red-Nosed Reindeer», «Santa Baby», «Winter Wonderland» o «Let it Snow, Let it Snow, Let it Snow», o tararee «Chesnuts Roasting on an Open Fire», o alce su copa en agradecimiento a esos compositores judíos de canciones que vieron una buena ocasión de componer una melodía y nos brindaron los clásicos que tanto nos gustan.

Los puritanos prohibieron la Navidad en el Reino Unido y en Estados Unidos porque es una mezcolanza hortera de cosas tomadas de todas partes —paganas, romanas, nórdicas, celtas, turcas— y porque su espíritu libre y de celebración, sus regalos, su anárquico desbarajuste hacían que fuese contra la autoridad y el trabajo. Era una festividad —una fiesta— de las mejores, en la que la devoción es alegre.

La vida debería ser alegre.

Sé que la Navidad se ha convertido en una fiesta cínica y comercial, pero depende de nosotros, individual y colectivamente, oponernos a eso. La Navidad la celebran en el mundo entero personas de todas las religiones y de ninguna. Es una ocasión para reunirse, para dejar de lado las diferencias. En tiempos paganos y romanos era una celebración de la luz y de la cooperación de la naturaleza con la vida humana.

El dinero no era lo importante.

De hecho, la historia de la Navidad empieza con una petición de dinero: «Y aconteció en aquellos días que se promulgó un decreto de César Augusto que ordenaba a todo el mundo inscribirse en el censo» (Lucas 2, 1).

Y termina con un regalo: «Nos ha nacido un niño».

El regalo de la nueva vida va seguido de los presentes de los Reyes Magos: el oro, el incienso y la mirra.

En el más admirado de todos los villancicos, la poeta Christina Rossetti plantea la cuestión de qué podemos dar que no sea dinero, ni poder, ni éxito, ni talento:

Siendo tan pobre, ¿qué puedo darle yo?

Le daría un cordero si fuera pastor.

Y si Rey Mago fuese, le daría otro don.

Mas yo, ¿qué he de darle?

Le daré el corazón.

Nos damos. Nos damos a los demás. Nos damos a nosotros mismos. Damos.

Hagamos lo que hagamos con la Navidad, debería ser nuestra, no algo que compremos en un mostrador.

Para mí, cenar con amigos es una parte encantadora de la Pascua, así que he incluido en el libro algunas recetas que tienen asociadas historias personales. Soy un desastre con las cantidades y cocino con la vista, la textura y el gusto. Si la masa está demasiado seca, añado agua o huevo. Si está demasiado blanda, añado harina, ese tipo de apaños.

Mi editora y yo discutimos mucho sobre si las recetas deberían utilizar el sistema métrico o el imperial. «Hasta Nigella se ha pasado al sistema métrico», argumentó.

Pregunté a Nigella y me respondió: «Usa los dos».

Y cuando digo cosas como «col», volvió a plantearse la pregunta: «Una col ¿de qué tamaño?».

Hay muchas cosas que hacer todos los días..., y preguntarse de qué tamaño es una col no es una de ellas.

Estas recetas no son demasiado metódicas, como si las hiciésemos juntos y yo dijera: «Demonios, se me han olvidado los champiñones» y luego nos las arreglásemos sin

ellos. Así que nada de preocuparse demasiado. Con la cocina ha ocurrido lo mismo que con ir en bicicleta. Quiero decir que antes la gente se subía sin más a la bicicleta; ahora todo el mundo tiene que llevar mallas de licra y gafas y superar su propio récord de distancia y velocidad. Cocinar en casa no es un deporte olímpico. Cocinar es un milagro normal y cotidiano.

Me gusta cocinar, pero prefiero escribir.

Yo vivo en los relatos; para mí son lugares físicos de tres dimensiones. Cuando era niña y me encerraban en la carbonera por diversos delitos, tenía una elección: contar carbón, una actividad limitada; o contarme una historia, un mundo ilimitado de la imaginación.

Escribo por placer. Me siento delante del teclado a jugar. La Navidad supone una alegría especial, como si fuese una época para animarse. Es una época para contar historias, presidida por el Señor del Desbarajuste, que debe ser el espíritu guardián de la creatividad, igual que lo es de los antiguos doce días de la Pascua de Navidad.

Y curiosamente, en una casa que por lo general era desdichada, la Navidad, cuando era niña, fue siempre una época feliz para mí. No perdemos esas asociaciones; el pasado viene con nosotros, y con suerte lo reinventamos, que es lo que propongo que hagamos con la Navidad. Todo es un relato.

Los cuentos en torno al fuego en Navidad, o contados con el aliento helado en un paseo invernal, tienen una magia y un misterio que forman parte de esta época del año.

Escribir es una epifanía particular, en el sentido de que se revela algo inesperado. La Navidad, que parece tan familiar, tal vez incluso tan gastada, es una celebración de lo inesperado.

Aquí están los relatos que he escrito hasta ahora. Doce, para los doce días que duran las fiestas. Hay historias de fantasmas, intervenciones mágicas, encuentros normales que resultan no ser nada normales, pequeños milagros y saludos a la llegada de la luz.

Y alegría.